

La riforma universitaria

universitaria

Universidad Argentina de Córdoba

A LOS HOMBRES LIBRES DE TODA AMÉRICA

Polemica

Primera Historia Argentina Integral

Editada por el
Centro Editor de
América Latina S. A.
Buenos Aires
Argentina



© 1971

Centro Editor de América Latina S. A.
Cañallo 1228 - Buenos Aires
Sección Ventas: Rincón 87.
Buenos Aires

Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina -
Printed in Argentina

Los textos del presente fascículo
han sido preparados y redactados
por Pablo Lejarraga, Jorge E.
Roulet y Bernardo Kleiner.

El asesoramiento general
estuvo a cargo de Haydée
Gorostegui de Torres.

Se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Sebastián
de Amorrotu e Hijos S. A.,
Luca 2223, Buenos Aires,
en Junio de 1971

Sumario

La Reforma Universitaria

(1918-1932)

Constantes de la Reforma
Participación estudiantil y
autonomía: piedra del escándalo
Democratización de la universidad
Al encuentro de lo nacional y
social: "O burgués o proletario"
Fautores de la unión
latinoamericana
Factores de la unión
Interpretaciones: generacional y
clasista
Tres congresos memorables
La experiencia del 30
La década del 70

Reforma y reformismo

universitarios: ni tanto ni tan poco

Aproximación a los contenidos
Los grupos no reformistas
Balance y perspectivas

El reformismo

Cada uno de los autores que
tratan el tema de la Reforma
Universitaria, son
representativos de otros
tantos momentos de su
historia y, por lo mismo,
sus interpretaciones difieren
en puntos fundamentales.
Si para Pablo Lejarraga
"el movimiento tuvo como
primer escenario la
universidad; pero a poco
que se desenvuelve y entra
en contacto con el pueblo,
lo que inicialmente se reveló
como una rebelión
estudiantil limitada a
demandas universitarias
de inmediato se expresó
como un movimiento
de aliento nacional y social,
que agitaba en sus protestas
e inscribía en sus programas
reclamos y anhelos que eran
comunes de otras fuerzas
o sectores y que trasuntaban
por igual exigencias de
una nueva conciencia social
que se venía gestando en
el país y en América Latina",
para Jorge Roulet el hecho
de que los reformistas no se
conformaran con un

programa universitario
y pasaran insensiblemente
a la "cuestión social"
es la gran equivocación
de los estudiantes puesto
que pretenden formular
una ideología global sin darse
cuenta que no constituyen
un verdadero actor social.
"La distancia entre la
desmesura de la pretensión
y la transitoriedad
y ambivalencia de su
condición de estudiantes
- continúa Roulet - se pone
dolorosamente de manifiesto

y es el signo distintivo de
una forma ineficiente,
contradictoria y
contraproducente de hacer
política que tienen los
jóvenes latinoamericanos:
el "reformismo universitario".
Frente a estos análisis,
Bernardo Kleiner, el
protagonista más reciente,
conserva todavía el fervor
combativo de los años
estudiantiles. De allí que su
aporte constituya sobre todo
una entusiasta defensa
de la actividad desarrollada
por los reformistas con
posterioridad a 1955. El tema
no se agota por cierto con
estas opiniones ni aún
con los testimonios
estudiantiles que reflejan
el pensamiento actual de
sus actores y que
publicaremos en el siguiente
fascículo, pero no dudamos
que el lector podrá, a través
de ellos, elaborar
conclusiones propias con
perspectivas más
amplias sobre un tema
indudablemente
controvertido.

La Reforma Universitaria

Pablo Lejarraga, Jorge E. Roulet, Bernardo Kleiner

Tres protagonistas de otros tantos momentos en la ya larga historia de la Reforma Universitaria ofrecen sendos análisis sobre el movimiento surgido en 1918. Lo hacen desde una perspectiva crítica, desde una actualidad que les permite una evaluación más serena de los objetivos que sucesivamente han movilizado al estudiantado. Cada uno de ellos asume sin embargo el compromiso de la época en que les tocó actuar, un compromiso que hoy facilita la comprensión de actitudes diversas según el contexto histórico en que se dieron. Los años primeros que se cierran con la quiebra del orden constitucional, la etapa coincidente con la gestión de gobierno peronista y la experiencia estudiantil inmediatamente posterior a 1955 son los tiempos, respectivamente, de Pablo Lejarraga, Jorge E. Roulet y Bernardo Kleiner. Y de ellos nos prestan testimonio. Otros le seguirán: los de quienes son hoy estudiantes, en una universidad y un país donde se plantean nuevas situaciones y, por lo mismo, generan respuestas nuevas. Distintos momentos, distintos enfoques. Tal vez sólo asumiendo el carácter cambiante del proceso podamos aspirar honradamente a comprenderlo.

La Reforma Universitaria (1918-1932)

Pablo Lejarraga

La Reforma Universitaria ha sido el más importante de los movimientos juveniles en el país y en América Latina y sigue siendo la más legítima y estimulante tradición de los estudiantes argentinos y americanos. Lo es por la extensión geográfica que abarcó, por la cantidad de jóvenes que movilizó, por su envergadura y gravitación universitaria y social y por su perdurabilidad.

Surgido el movimiento en la Universidad de Córdoba en 1918, se extendió rápidamente por todas las universidades argentinas y latinoamericanas, respondiendo a sus particulares circunstancias históricas, pero con parejos reclamos y anhelos de renovación universitaria y social, e identificó a sus juventudes estudiantiles en una común empresa espiritual de amplitud continental.

El movimiento tuvo como primer escenario la universidad; pero a poco que se desenvuelve y entra en contacto con el pueblo, lo que inicialmente se reveló como una rebelión estudiantil limitada a demandas universitarias, de inmediato se expresó como un movimiento de aliento nacional y social, que agitaba en sus protestas e inscribía en sus programas reclamos y anhelos que eran comunes de otras fuerzas o sectores y que trasuntaban por igual exigencias de una nueva conciencia social que se venía

1. Alfredo Palacios.

Caras y Caretas, 22 de setiembre de 1933.

En la página 199:

1. *Estudiantes detenidos en Córdoba en 1918, a la hora del rancho.*
2. *La segunda toma de la Universidad de Córdoba en setiembre de 1918.*



gestando en el país y en América Latina.

Fue fácil advertir que causas generales y profundas determinaban la insurgencia juvenil. Es corriente así en el análisis del movimiento reformista argentino relacionarlo, en el orden internacional, con la guerra de 1914-18, la revolución rusa y la crisis mundial en que se las sitúa, y, en el orden local, con la formación en el país de nuevas clases medias en ascenso, originadas en los aportes inmigratorios, el advenimiento del radicalismo al poder y la agitación social de los trabajadores, hechos, unos y otros, de los que los estudiantes son en gran parte reflejo y expresión de lucha.

Por eso se ha podido decir que el estudiante de la Reforma salió a la búsqueda de un maestro, un maestro que la universidad no le daba y, avanzando, fue a dar con la crisis de la institución, luego con la crisis de la educación y, finalmente, con la crisis de la sociedad. De ahí que, a partir de entonces, los estudiantes empezaron a conjugar la ecuación Universidad-Escuela-Sociedad. La Reforma Universitaria y la Reforma Escolar— la escuela en todos sus grados— vinieron a ser para el estudiante reformista inseparables de la Reforma Social.

En último término debe destacarse que el movimiento reformista, con variadas alternativas de auge o de retroceso, ha perdurado durante medio siglo. En el transcurso de los cincuenta años cumplidos se han sucedido varias generaciones de estudiantes que han actuado con desparejo impulso y sometidos a distintas influencias. Pero, con mayor o menor militancia, con mayor o menor

acierto y aún con error, es dable comprobar que al servicio de los ideales proclamados se ha mantenido una línea de continuidad histórica.

Constantes de la Reforma

Durante este tiempo, la Reforma Universitaria a través de la acción, fue revelándose profundamente democrática, laica, anticapitalista, solidaria con la lucha reivindicadora de los trabajadores, americanista y antiimperialista. Estos principios, que, en un sentido general, podríamos denominar el ideario de la Reforma Universitaria son sus constantes a lo largo de estos cincuenta años, en su doble expresión universitaria y social.

No tuvieron una formulación definida y orgánica desde el inicio, aunque debemos considerarlos enunciados desde 1918, en el ya famoso "Manifiesto" de junio, dirigido por los estudiantes de Córdoba a los hombres libres de Sud América y que redactara Deodoro Roca, firme combatiente del movimiento y una de sus figuras más lúcidas.

"Hombres de una república libre —empieza este Manifiesto— acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana".

Participación estudiantil y autonomía: piedra del escándalo

La Reforma, desde 1918, propugnó una honda transformación de la universidad en su estructura orgánica y en sus fines. En su estructura orgánica, para hacer de la universidad una libre y armoniosa comunidad de profesores, alumnos, egresados y cuantos participan en sus tareas y estudios; y en sus fines, para ponerla al servicio del pueblo como institución fundamental de la cultura pública. Decía el Manifiesto inicial: "Las Universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aún— el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser así el fiel reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de esta inmovilidad senil. Nuestro régimen universitario— aún el más reciente— es anacrónico".

Para ello, el movimiento empezó por reclamar la participación estudiantil en la vida universitaria. Quiso hacer del estudiante el centro del acto educativo e integrarlo en el funcionamiento y gobierno de la universidad. Este reconocimiento de la personalidad estudiantil, en su doble alcance pedagógico e institucional, se presentó como el punto de partida y la condición del programa de transformación universitaria.

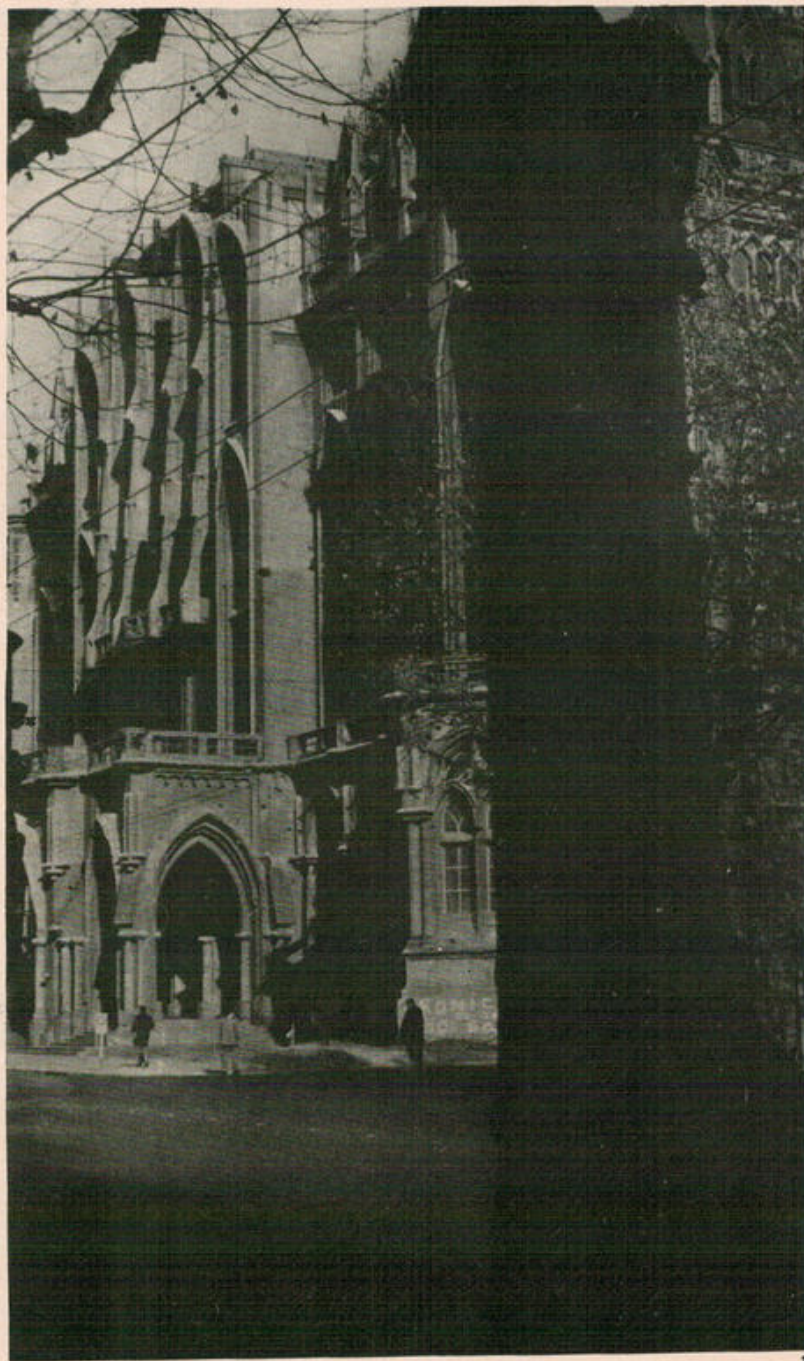
Correlativo con este principio de la participación estudiantil se anunció el de la autonomía universitaria, el derecho a darse su propio gobierno y regular su funcionamiento.



1



2



1. *La inconclusa
Facultad de Derecho
de Buenos Aires,
hoy ocupada
por dependencias de la
Facultad de Ingeniería.*

I. Corbalán.

to, que no implicaba "fuero especial" o privilegio alguno, sino exigencia fundamental de la universidad para su propia existencia en plenitud. La autonomía no podía sino interpretarse como sinónimo de libertad para su obra creadora, sin imposiciones ni limitaciones, abierta a todos los pensamientos y a todas las tendencias, a todos los hombres que tuvieran autoridad moral o intelectual para enseñar en sus aulas.

Estos dos principios han sido la piedra de escándalo, atacados permanente y señudamente desde todos los ángulos de la reacción universitaria y social y arrasados por los gobiernos autocráticos y antipopulares, llamados siempre a imponer el "orden" y la "disciplina" en la universidad.

De estos dos principios que la definen institucionalmente, se derivan los otros principios de la libertad de cátedra, la asistencia libre, la docencia libre, la periodicidad de la cátedra, los concursos para la provisión de cargos, la publicidad de los actos universitarios, la gratuidad de la enseñanza, los seminarios y demás formas de una intervención activa del estudiante en la enseñanza para dejar de ser simple y pasivo receptor de la lección repetida; y, finalmente, la integración cultural y la exclaustación de la cultura.

Democratización de la universidad

Este proceso de transformación nos llevaba a la democratización de la universidad— la universidad abierta al pueblo— concordante con la democratización que, en todos los órdenes, se venía operando en la sociedad argentina.

De ahí también la lucha reformista por la supresión de todas las trabas que impedirían o limitarían el ingreso a la universidad, sobre todo las trabas de carácter económico que son las que más directamente afectan a las clases modestas de la sociedad. De ahí su lucha por facilitar los estudios mediante la institución de becas y horarios adecuados para los que trabajan y contra todas las formas de limitacionismo.

Este proceso de democratización de la universidad tenía y tiene sus límites en cierto modo "infranqueables". Estos límites están dados por las condiciones socio-económicas de la sociedad en que la universidad existe, cuya modificación, por lo tanto, se impone como una exigencia del planteo reformista.

Estos límites están dados por ni agotan la democratización de la universidad que, siguiendo las variaciones del cambio social, debía vivificar su comunicación con el pueblo, recogiendo sus influencias y proyectándose sobre el mismo, sirviéndolo en sus necesidades y aspiraciones.

*Al encuentro de lo nacional y social.
"O burgués o proletario"*

Desde el primer momento, lanzado a la calle, por fuerza de los acontecimientos y por el dinamismo propio de la acción, el movimiento reformista amplió sus horizontes, yendo al encuentro de lo nacional y lo social, al encuentro del pueblo.

Desde entonces al calor de la Reforma Universitaria se avivó la preocupación político-social de la juventud y los estudiantes empezaron a pronunciarse tomando posiciones frente a los grandes problemas de la vida nacional e internacional, especialmente

latinoamericana, comenzando a gravitar como una fuerza social en la política general de nuestros países.

Es así como haciendo de la política, aunque al margen de la militante y sin disciplina de partido, la sustancia de su pensamiento renovador y la materia viva de su acción combativa, la Reforma Universitaria estimuló el despertar de vocaciones sociales y la formación de generaciones políticas. Desde entonces, la Reforma Universitaria se vertebró como capítulo de la vida nacional y como parte de la reforma social, en que se mezclaban y eran parejos los afanes escolares y los afanes políticos y sociales. Para ser reformista legítima e integralmente, se debía al mismo tiempo que propugnar la reforma de la universidad, ocupar un lugar de avance en la arena política y en la lucha social. Eran dos aspectos —el universitario y el social— que no podían escindirse. Se complementaban e influían mutuamente, conjugándose en un consecuente bregar. Aníbal Ponce, que al respecto escribió páginas esclarecedoras, en una oportunidad resumió tajantemente la posición del estudiante convocado por la Reforma: "o burgués o proletario".

Fautores de la unión latinoamericana

Dentro de este ideario social de la Reforma Universitaria destaquemos dos manifestaciones de su accionar que en nuestros días han cobrado extraordinaria significación y que se expresaron desde la primera hora del movimiento: su latinoamericanismo y su antiimperialismo, que se confundían en una misma posición y en una misma lucha de liberación latinoamericana. Desde 1918, los estudiantes

reformistas de la Argentina y de los países latinoamericanos en que el movimiento estallaba, retomando el viejo estandarte de los fundadores de nuestras nacionalidades, empezaron a moverse en nombre y en función de América Latina, propugnando la unión política de los pueblos al sur de Río Grande y, por encima de gobiernos y cancillerías y, muchas veces, contra los gobiernos y las cancillerías, empezaron a vivir esa unión, denunciando al imperialismo como enemigo de la misma y causa principal del drama de sometimiento y entrega latinoamericano. Devinieron los fautores de la formación de una renovada conciencia latinoamericana, en el rumbo de la emancipación. Esta posición había tenido en el campo del pensamiento y de la acción brillantes precursores y es justicia recordar, entre otros, a Rodó, con su *Ariel* y a Manuel Ugarte que recorrió América urgiendo la unión con su prédica encendida.

Pero la juventud reformista le dio a la lucha antiimperialista nuevos fundamentos y sentido realista y perentorio. Al par que al imperialismo denunció a las oligarquías que actuaban de cómplices del imperialismo, es decir, señaló al enemigo de fuera y a los enemigos de dentro. De ahí que la lucha debía librarse contra ambos por igual, imponiéndose una política de unidad popular latinoamericana.

Este papel jugado por la Reforma Universitaria ha sido unánimemente exaltado por hombres preclaros de nuestra América, como José Carlos Mariátegui. Entre nosotros, recordamos el testimonio de José Ingenieros, en su discurso de París, en 1925, cuando dijo que "la nueva juven-

tud americana había precisado la ideología de la lucha contra el imperialismo yanqui y que todos los hombres mayores sumados a las filas juveniles debían declararse guiados y no guías".

No es necesario reeditar la variada y rica cronología de esa acción latinoamericana y antiimperialista.

Interpretaciones: generacional y clasista

Pasados los primeros años de la acción juvenil reformista, tras las primeras experiencias vividas y ante tanto material acumulado de hechos e ideas, los dirigentes y estudiosos de la Reforma Universitaria se dieron a la tarea de interpretar el movimiento, desentrañando sus causas, los factores que lo dinamizaron, las ideologías que lo habían inspirado y sus perspectivas y posibilidades en el porvenir de América Latina, floreciendo una abundante e interesante literatura. Aparte de los negadores y de los que no quisieron ver en el movimiento más que una significación docente y cultural, dos interpretaciones de las ensayadas cobraron relieve: la generacional y la clasista. La generacional presentaba a la reforma como la obra de una nueva generación que llegaba desvinculada de la anterior, que traía sensibilidad distinta e ideales propios y una misión diversa que cumplir; la clasista la presentaba como una repercusión en la universidad del fenómeno de la lucha de clases, atendiendo a la composición social del estudiantado proveniente, en su mayor parte, de las clases medias.

La teoría generacional, de amplia aceptación en América, estaba tocada de cierto sentido mesiánico y reservaba para la juventud un papel

hegemónico en la renovación social, y eso fue su debilidad. Sirvió sin embargo, a la lucha durante los primeros tiempos, dándole al movimiento una bandera, aunque provisoria, contra las viejas clases dirigentes posesionadas del país y de la universidad.

El mismo Julio V. González, que fue su elocuente teorizador, superando en cierto modo su propia teorización, pudo decir que, si en 1918 un reformista era el estudiante sublevado contra sus maestros y en 1921 el americano de la nueva generación que declaraba su divorcio con el pasado y su disconformidad con el estado de cosas y sistema de ideas por que se regía la comunidad continental, en 1925 era un hombre entregado a un ideal reconstructivo, tocado de un fuerte sentido socialista.

En cuanto a la interpretación clasista pecó de cierto sentido sectario al descalificar la ideología de la Reforma como ideología pequeño-burguesa, que alguna vez presentó como contrarrevolucionaria, y poner límites insuperables a las posibilidades de la acción estudiantil.

No basta, ni nunca ha bastado, la sola caracterización de la composición social del estudiantado para señalar el límite estricto de su acción. Aparte de que tal interpretación, asaz mecánica, nos llevaría a negar el poder de la doctrina y de la educación, no parece advertir que el estudiantado, por razón de su juventud y del manejo que hace de las ideas, escapa en un amplio margen al mecanismo riguroso de cualquier emplazamiento. Algo de esto parece verse en la rebelión estudiantil de nuestro tiempo, en tantas partes del mundo, que nos muestra a los

estudiantes, a pesar de sus orígenes, no solicitados todavía por las exigencias prácticas de la vida ni incrustados como profesionales en el sistema, rebeldes contra el orden dominante que cuestionan.

Con todo, la interpretación clasista iluminó el juego de las clases y fuerzas sociales, contribuyendo a despejar ilusiones y dar un sentido más real y profundo a la lucha juvenil.

Tres congresos memorables

En tres congresos memorables, dos nacionales y uno internacional, el movimiento estudiantil reformista ha expresado el pensamiento y la actitud que lo definieron. Tomo en cuenta solamente el período de tiempo que podríamos considerar de gestación y elaboración y hasta donde alcanza mi experiencia directa de militante de la Reforma Universitaria.

El primero, realizado en Córdoba en julio de 1918, en medio de la conmoción, sancionó las bases del gobierno democrático de las universidades con la participación de los profesores de todas las categorías, los estudiantes y los graduados y las otras bases de su renovación pedagógica.

El segundo, realizado en México en setiembre-octubre de 1921, por el momento y el lugar en que se realizó, puede considerarse la primera y gran exteriorización de los estudiantes latinoamericanos. Este congreso, después de acoger como una necesidad las reformas universitarias que habían lanzado los estudiantes argentinos y de pasar revista a los problemas de América Latina, proclamó que lucharían "por el advenimiento de una nueva



1

1. Uno de los actos celebrados en 1918 por los estudiantes cordobeses.



2. José Ingenieros.
Archivo General de la Nación.

2

1916. *Buenos Aires, 11 abril 1918.*

Guillermo Marone
Gabriel C. de Maso
Carlos Lora - *Albino*
Paulino A. Perria / *Sanapont*
M. V. ...
Guillermo Luyago
Gregorio Benavente / *José C. Gallego*

1. Firmas del acta de fundación de la Federación Universitaria Argentina en Buenos Aires, el 11 de abril de 1918.

humanidad fundada sobre los principios modernos de justicia en el orden económico y en el político, destruyendo la explotación del hombre por el hombre y la organización actual de la propiedad, evitando que el trabajo humano se considere como una mercancía".

El tercero —segundo congreso de la Reforma Universitaria— se realizó a casi tres lustros del primero, en Buenos Aires, en agosto de 1932, tras la crisis institucional de 1930, señalada por el golpe militar que derribó de su segunda presidencia a Yrigoyen e instauró la dictadura militar del Gral. Uriburu, prolongada hasta febrero de 1932, fecha en que lo sucede el Gral. Justo impuesto por el fraude.

La experiencia del 30

Fue ésta, la dictadura de Uriburu, la más dura experiencia de reacción que había sufrido la universidad argentina desde 1918 —y desde luego el país todo— y sometiendo a prueba los ideales del movimiento reformista y la fortaleza de la juventud. Para desterrar la "anarquía universitaria", que figura en el manifiesto de la Revolución como uno de sus móviles, las universidades fueron intervenidas, arrasada su autonomía, liquidada la representación estudiantil y expulsados profesores y alumnos.

Los estudiantes que, desde el primer momento, enfrentaron la dictadura del Gral. Uriburu, ofreciendo el ejemplo de una resistencia heroica y prolongada, reorganización a principios de 1931 la Federación Universitaria Argentina (F.U.A.), sin funcionar desde 1925, la que se puso a la cabeza de la lucha.

En este segundo congreso de la Reforma se sometió a re-

visión la teoría y práctica del movimiento de la juventud desde su iniciación, y tras amplios debates en los que se volcaron las meditaciones y las experiencias de casi tres quinquenios de lucha, tanto en el aspecto universitario como en el social, a los que se prestó igual preocupación, se definieron los rumbos de la acción juvenil.

"Todo intento de legislación docente —empezó declarando el congreso— deberá ajustarse a la concepción de la formación humana como un proceso de formación continuo y total. De tal manera que la escuela primaria se considere condición de la enseñanza media y ésta, a su vez, condición de la enseñanza superior". Y agregaba que "el ideal de este régimen educacional es incompatible con la actual realidad económica y su realización plena sólo puede llevarse a cabo en una sociedad fundada en un distinto régimen social".

En el orden universitario concretamente declaró "que no entiende la Universidad como el organismo del estado para la formación de las clases dirigentes y para la cristalización de las verdades normales de la época, sino como un organismo de los estudiosos para transmitir sus conocimientos a todo el pueblo y el laboratorio donde se analizan las ideas científicas, filosóficas, artísticas y sociológicas con el propósito de dar una cultura en función social para una actuación consciente en las más diversas manifestaciones del vivir individual y colectivo". Con lo cual se precisa el concepto de la universidad democrática y social que venía propugnando la Reforma Universitaria desde 1918, incompatible con cualquier concepción de

universidad de élite, oligárquica, confesional, científicista o empresarial, modelos de universidad estos últimos que se han pretendido ensayar a favor de transitorias circunstancias políticas.

Tras mantener el concepto de que "la Reforma Universitaria es parte indivisible de la Reforma Social", resumió la consideración del problema en el reconocimiento de "la crisis de la sociedad capitalista fundada en la apropiación privada de la riqueza y en el derecho individual", y "el advenimiento de una sociedad ordenada por la economía colectiva y el derecho social".

Consecuentemente estableció la necesidad y reivindicó el derecho de agitar la cuestión social en la universidad por parte de la masa estudiantil, propugnando el establecimiento de relaciones permanentes con los organismos de maestros y obreros "para la realización de campañas solidarias".

La experiencia de 1918 a 1932, que orientó las resoluciones del segundo congreso, podría resumirse así:

- 1) Una más afinada concepción del problema universitario y su integración dentro del proceso educativo y social;
- 2) Una más cabal comprensión del ligamen entre la política nacional y la universidad;
- 3) Una mayor politización de la juventud y una más estrecha vinculación con la clase trabajadora y la afirmación y extensión de las tendencias de izquierda en el movimiento reformista, con la liquidación de las posiciones paternalistas o mesiánicas que en algunos momentos aquejaron al movimiento.

La década del 70

A poco más de 50 años de la Reforma Universitaria otras, en comparación con 1918, 1930, 1945, para señalar sólo fechas claves, demarcatorias de períodos históricos, la realidad nacional y latinoamericana y otras naturalmente las condiciones de la acción político-social de nuestros pueblos y las posibilidades de la acción juvenil. Una realidad varía y compleja, también confusa, pero en la que es dado advertir un proceso popular de emancipación que cobra ritmo acelerado y plantea rigurosas disyuntivas de definición. Los países hermanos de América Latina, cada vez más, tienen conciencia de que están inmersos en una situación de explotación y dependencia a que los someten el imperialismo y las oligarquías dominantes. Los pueblos maduran políticamente y se lanzan a la acción, la clase obrera cobra fuerza decisiva y trasciende en su lucha al ámbito político general, las juventudes se radicalizan y apresuran la rebelión en el rumbo común de la liberación nacional y social.

La unidad obrero-estudiantil que desde 1918 viene alentando la Reforma Universitaria, en nuestros días ha fructificado en hermosas realizaciones y busca y encuentra bases orgánicas de permanencia. Las aspiraciones y los ideales de los trabajadores y los estudiantes se mezclan en los programas comunes.

En este proceso de emancipación, la juventud universitaria reformista, ligada cada vez más a la clase obrera, amplía las perspectivas de su acción y se afirma como una fuerza de transformación. Expresión y factor al mismo

tiempo del cambio que se avecina.

Si en 1918 la Reforma Universitaria eclosionó como una expresión de las clases medias en ascenso en algunos países, deprimidas o aletargadas en otros, en 1971, en la década del 70, a través de una comprensión más honda del proceso histórico latinoamericano y en la fragua de un contacto cada vez más estrecho con la clase trabajadora, está llamada a alcanzar su sentido más realista y trascendente, aquel que propugna su "incorporación al vasto movimiento emancipador y constructivo del socialismo, que es la dirección del desarrollo histórico, que viene forjando la fuerza revolucionaria por excelencia: el proletariado" (1930).

Como en 1918, más que en 1918, en 1971 los estudiantes reformistas pueden decir, como en el Minifiesto liminar: "Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana".

Reforma y reformismo universitarios: ni tanto ni tan poco

Jorge E. Roulet

Aproximación a los contenidos

"Reforma Universitaria" es un rótulo genérico que suele colocarse a contenidos diversos, por más buena fe que se tenga. Y algunas rotulaciones de mala fe manifiesta contribuyen a hacer aún más difícil su definición precisa. Debemos por tanto tomar en cuenta varios órdenes de conocimiento y efectuar nuestro análisis en planos diferentes.

1. El hecho histórico

La "Reforma Universitaria" es un proceso cuyo comienzo tiene fecha y lugar precisos (la ciudad de Córdoba, el 15 de junio de 1918) y cuya propagación, sin duda fulminante, puede seguirse en el espacio y en el tiempo.

Reconoce antecedentes y fuentes de inspiración diversos, y aunque algunos exégetas los reduzcan curiosamente a las Revoluciones Soviética y Mexicana, nos parece más sensato buscar más cerca las variables explicativas del fenómeno y considerarlo esencialmente vinculado al proceso general de cambio social que se estaba operando en ese momento en la Argentina y del que el radicalismo yrigoyenista era el agente político más visible. Puesto que la "chusma" yrigoyenista había irrumpido en las funciones políticas y en el aparato administrativo, resultaba anacrónica la vieja estructura universitaria del "régimen", cerrada y cerrilmente controlada por sus personeros. Y era natural que la primera resquebrajadura se produjera en la más obcecada y oscurantista de las Universidades, la de Córdoba.

El tono inspirado, el vuelo lírico y la brillantez del estilo del "Manifiesto liminar" no deben hacernos olvidar que el carácter mayoritario de los reformistas en Córdoba nunca fue del todo demostrado (y hubiera sido extraño que lo fuese en la Universidad de los privilegiados) y que sin las guiñadas de ojo complacientes (y a la hora de la verdad, el apoyo decisivo) * que

* El 16 de junio de 1918, al día siguiente del "Manifiesto liminar", la FUC (Federación Universitaria de Córdoba), solicita al Gobierno nacional una nueva intervención a la Universidad, que fundamenta en el

le venía desde el oficialismo yrigoyenista, es probable que el movimiento hubiera tenido otro alcance y otra derivación.

El caso es que, sea por fuerza propia o por el apoyo exterior que le prestó el gobierno radical, el movimiento se extendió y en el plano universitario logró obtener conquistas significativas que hicieron posible el acceso a la Universidad de sectores sociales más amplios. Ello redundó, durante la década de los años veinte, en su consolidación como tendencia estudiantil mayoritaria.

Hagamos notar que el movimiento estudiantil, como volvería a hacerlo años más tarde, combatió frontalmente a la fuerza política protagonista del proceso de cambio social que estaba provocando, entre otras cosas, la democratización de la Universidad. Furibundas declaraciones de la FUA (Federación Universitaria Argentina) y FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires) de 1930 hacen eco a las de los políticos minoritarios que intentaban crear el clima favorable a la conspiración reaccionaria.

Cierto es que producido el golpe de estado del general Uriburu, y puesto en evidencia su carácter represivo y ultramontano, lo enfrentaron decididamente y fueron víctimas de una persecución encarnizada.

memorial del 17 de junio. Dos meses después el presidente Yrigoyen designa como interventor nada menos que a su ministro de Instrucción Pública, Dr. José S. Sallnas, dando como fundamentos que "...la alta razón de Estado debe concurrir a reparar las causas determinantes de la situación creada..." Durante ese lapso las negociaciones entre Gobierno y dirigentes estudiantiles han sido directas y permanentes.



1

1. El 9 de setiembre de 1918,
después de la
toma de la Universidad
de Córdoba,
los estudiantes son detenidos
y conducidos al
Regimiento 3 de Artillería.

1. La vieja sede de la
Facultad de Derecho,
hoy ocupada por
dependencias de la
Facultad de Filosofía
y Letras de Buenos Aires.



Los años iniciales de la década del 30 marcan el crecimiento de la influencia del ala stalinista (nucleada en *Insurrexit*) en el movimiento reformista, una paulatina caída de la representatividad de los centros y federaciones estudiantiles y una marcada regresión a patrones tradicionales en los aspectos universitarios que es congruente con la que se opera en otros órdenes de actividad durante la "década infame". La creatividad ideológica es disputada en esa época a los reformistas por una fuerza original, *Forja**, a la que ahora llamaríamos "nacional", es decir ni reformista ni reaccionaria, que centraba su prédica en lo estrictamente político, con un fuerte énfasis nacionalista, y dejaba deliberadamente de lado los aspectos universitarios.

La guerra civil española y la segunda guerra mundial dividen profundamente a nuestra clase media al entrar en la década del cuarenta. Los "reformistas" constituyen entonces el ala "democrática y antifascista" del estudiantado y vuelven como tal a enfrentarse al segundo movimiento histórico popular argentino: el peronismo. La nueva opción tal vez haya sido más confusa en términos de los orígenes de clase del estudiantado, pues el radicalismo era un típico movimiento de clase media y el peronismo es un fenómeno nuevo, que más tarde sería denominado "populismo", y que une a una efectiva capacidad de movilización y a una concreta participación de sectores proletarios y marginales, comportamientos económicos y estilos de conducción bonapartistas.

El peronismo debió sin embargo haber tentado a por lo menos algunos de los reformistas. Luchaban éstos por "una Universidad abierta al pueblo" y Perón suprimió los aranceles universitarios y los exámenes de ingreso, con lo que una avalancha de nuevos alumnos desbordó las aulas y multiplicó por dos en pocos años la población estudiantil. Postulaban incansablemente la "unidad obrero-estudiantil" y era muy fácil enterarse de lo que pensaban los obreros. Lo mismo pasaba con algunas otras de sus consignas esenciales y, sin embargo, no dudó nadie. Paradojalmente nunca estuvieron tan unidos, y esta vez fueron mucho más lejos, pues una vez caído Perón no hubo, como en 1930, el inmediato enfrentamiento al régimen de derecha que lo sucedió. Por otra parte, pocas veces debe haber sido más representativo el movimiento estudiantil que en aquellos años que van de 1952 a 1956. La de los años sesenta es historia reciente. De nuevo el auge del ultraizquierdismo, la pérdida de representatividad de los centros y federaciones y el surgimiento, al margen del "reformismo", de nuevas corrientes no reaccionarias que le disputan la creatividad ideológica: los humanistas en un comienzo y ahora la variada gama de las corrientes "nacionales".

Los hechos más recientes señalan como tendencias más destacadas las siguientes:

- un claro monopolio de la capacidad organizativa y de movilización por parte del estudiantado del interior;
- una manifiesta pérdida de fuerza relativa del ultraizquierdismo entre las huestes reformistas, en beneficio de las posiciones que adjudican

mayor peso a la tarea sindical concreta;

- el estancamiento de los efectivos y creciente radicalización en cuanto a estrategias, tácticas e ideologías entre los "nacionales";
- la desaparición, probablemente definitiva, del "humanismo" como fuerza universitaria.

2. El programa reivindicativo

Movimiento laico, democrático y socializante, la Reforma Universitaria nace en un ámbito determinado, la Universidad, como respuesta concreta a un conjunto de problemas que concernían específicamente a los estudiantes de ese momento.

Así, en el plano universitario, los postulados reformistas son coherentes y tienen una vigencia total. Hay un correcto diagnóstico de los males del sistema educativo en general y especialmente universitario, y se proponen para ellos remedios adecuados. Valgan algunos ejemplos:

a) Puesto que los cuerpos de profesores constituyen en todas partes cerradas camarillas, los reformistas proponen reemplazar el sistema de cooptación en las designaciones por el concurso público de antecedentes. Y como aún este recaudo les parece insuficiente (¡y con cuánta razón!), propician la libertad de cátedra y la posibilidad de dictar cátedras paralelas.

b) Puesto que el sistema en vigencia ha llevado a la gerontocracia profesoral y a la docencia rutinaria, los reformistas postulan la periodicidad de la cátedra como una forma de asegurar la necesaria renovación de los cuadros y estimular un esfuerzo de actualización por parte de los titulares.

* Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina.



*Los colegios nacionales
dependientes de las
universidades de
Buenos Aires y La Plata:*

*1. Colegio Nacional
de Buenos Aires.*

1. Corbalán.

*2. Colegio Nacional,
en La Plata.*

1. Corbalán.



c) Como son cada vez más numerosos los estudiantes que trabajan y tienen dificultades para asistir a los cursos, los reformistas luchan por la asistencia libre y por horarios nocturnos optativos.

d) Como quieren dejar de ser objetos pasivos del proceso educativo y se sienten con capacidad y vocación para protagonizarlo, reclaman la participación estudiantil en el manejo universitario, de la que el gobierno tripartito no es sino la más conocida de sus modalidades.

e) Como la fuerza del clericalismo seguía siendo grande en la vida cultural, los reformistas hacen del antidogmatismo una bandera y exigen que el método científico sustituya a la enseñanza escolástica.

f) A poco andar los estudiantes se dan cuenta de que sus razones, por sólidas que les parezcan, no se imponen por sí mismas y descubren la necesidad de organizarse para poder derrotar con capacidad de movilización y de lucha a los partidarios del statu-quo. Postulan para ello la agremiación obligatoria en Centros y Federaciones únicas.

Con estos y parecidos postulados logran los estudiantes reformistas formular un programa de reivindicaciones concretas que es adecuada respuesta a las necesidades que experimentan y que los transforma en agentes de cambio en el ámbito universitario.

La reacción, que suele no equivocarse al identificar a sus enemigos, nunca les perdonará su pretensión de abrir la Universidad a las mayorías para transformar la cultura en un bien de consumo masivo, cuando ellos la entienden como privilegio de una minoría y prefieren una Universi-

dad restrictiva, reservada a la formación de las "élites dirigentes".

Pero los reformistas no se conforman con un programa universitario. Según un movimiento muchas veces descrito, pasan del problema universitario al del sistema educativo en su conjunto y de él, insensiblemente, a la "cuestión social". Y es entonces cuando se equivocan, en la medida en que pretenden formular una ideología global sin darse cuenta de que no constituyen un verdadero actor social.

La distancia entre la desmesura de la pretensión y la transitoriedad y ambivalencia de su condición de estudiantes se pone dolorosamente de manifiesto y es el signo distintivo de una forma ineficiente, contradictoria y contraproducente de hacer política que tienen los jóvenes latinoamericanos: el "reformismo universitario".

3. La postura política "reformista"

Denominamos así a una actitud política que se tiene a cierta edad (de 18 a 25 años), en ciertos lugares (las Universidades) adonde en la actualidad tiene acceso nada más que cierto estrato social (clases medias y altas).

Nuestra definición, al mismo tiempo que acota el universo que analizamos, pone en evidencia algunas de las limitaciones que juzgamos esenciales para la validez del intento.

a) *La limitación de la edad.* Se trata de una ideología que pretende dar respuestas de validez general y que, sin embargo, es profesada exclusivamente por adolescentes o en la etapa de la primera juventud. No hay, en efectos, adultos "reformistas", y a

medida que sus partidarios llegan a la madurez caen en una indiferencia política que en el fondo es conformismo, como sucede en la mayoría de los casos, o bien asumen compromisos concretos con las verdaderas corrientes políticas y dejan de autodefinirse como "reformistas". Cier to es que algunos "maestros de la juventud" han vivido enquistados en un "reformismo" crónico, pero aún en estos casos, cuando su actividad ha tenido alguna trascendencia, ello se debe a que han sido, además, otra cosa. Su "reformismo" ha sido, por lo general, no más que una ubicación táctica en su carrera universitaria o una forma sencilla de ganarse la benevolencia de auditorios estudiantiles.

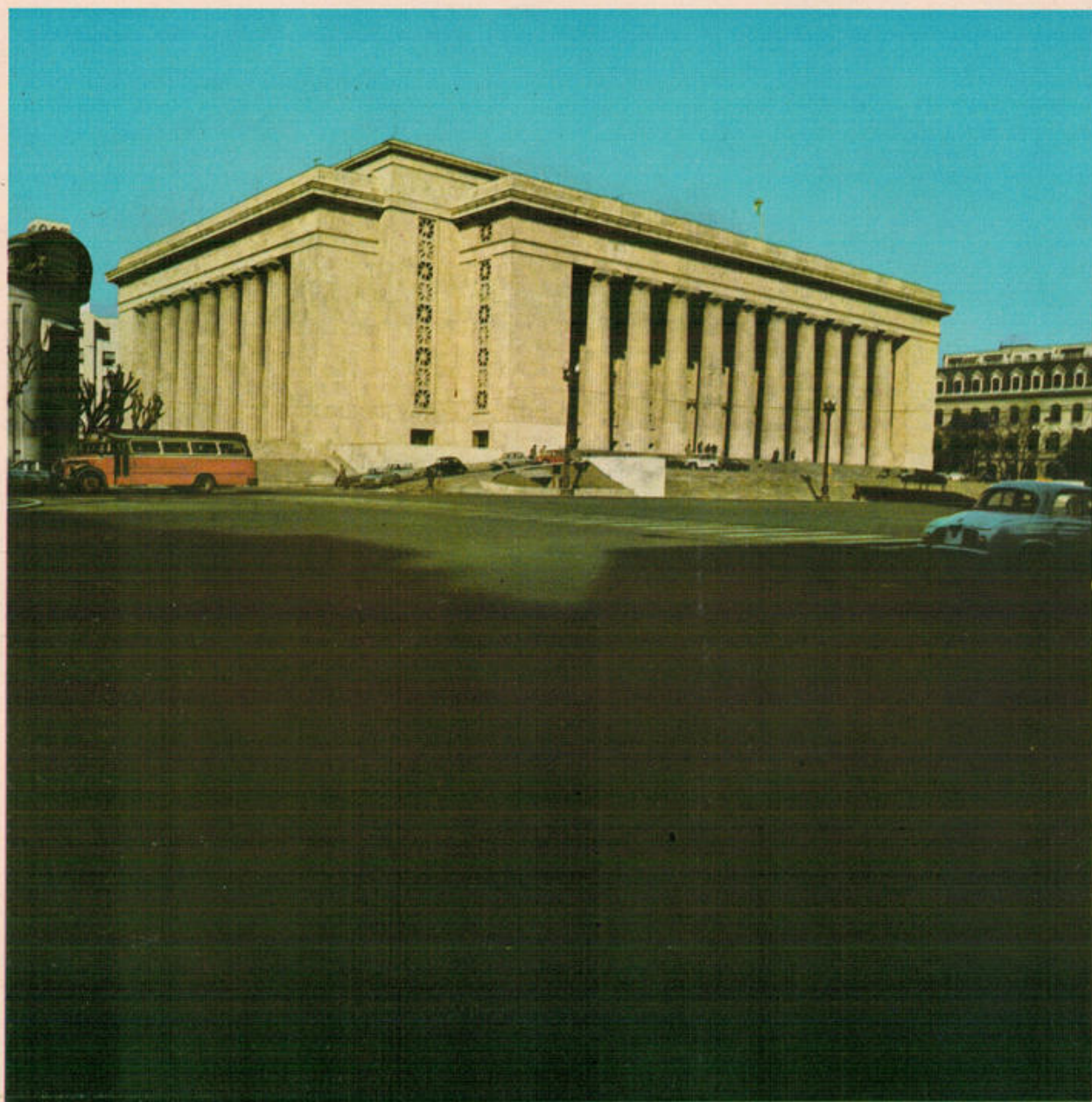
Este hecho no es, por lo general, percibido por los estudiantes y, sin embargo, es tan notorio que debiera provocarles algunas dudas o por lo menos instarlos a la modestia.

b) *La limitación del ámbito espacial.* La postura reformista sólo se encuentra en ámbitos universitarios o vinculados en forma más o menos directa con la Universidad. No hay, en efecto, ni chacareros reformistas ni empleados reformistas ni mucho menos obreros reformistas.

Toda la historia de las relaciones entre organizaciones sindicales y estudiantiles, mirada en la óptica del postulado reformista de la "unidad obrero-estudiantil", aparece como una comedia de equívocos. En general, ambos tipos de organizaciones se han movido en líneas separadas y con frecuencia divergentes. Cuando coyunturalmente han coincidido en acciones concretas los problemas de co-

1. *Aníbal Ponce.*





1. La Facultad de Ingeniería
de la Universidad de
Buenos Aires.

I. Corbalán.

ma
y
con
Min
exp
ese
cuel
de
mar
ción
los
en
circu
gen
tra
est
o r
yo
am
pas
día
Cue
con
pat
el
por
cot
de
bis
poc
for
qui
vel
pos
tam
sue
lóg
ser
por
vivi
jar,
ces
y
den
en
ras
ter
y
vés
con
Al
pet
de
tier
y
nu
al
con

municación han sido serios y la desconfianza recíproca constante.

Miradas a la distancia, las experiencias personales en ese terreno suelen traer recuerdos penosos: del lado de los estudiantes una permanente y pedante preocupación de rigor doctrinario que los coloca, aun sin quererlo, en la posición de "maestros ciruela"; del lado de los dirigentes sindicales la íntima y transparente convicción de estar tratando con dilettantes o revolucionarios de café cuyo izquierdismo, como sus amores, según el tango, no pasarán de ser flores de un día.

Cuenta Jauretche en *Filo, contrafilo y punta* que una patada oportuna aplicada en el lugar adecuado hizo más por centrarlo en la realidad cotidiana que sus largos años de práctica reformista (o fubista, como él la llama). Es poco probable que cada reformista encuentre al anarquista providencial que le revele ciertas verdades por vía posterior. En vez de ese tratamiento shock, el proceso suele ser más largo y fisiológico: tienen que dejar de ser estudiantes mantenidos por sus familias y empezar a vivir como los demás; trabajar, es decir participar en procesos productivos concretos y con relaciones de dependencia reales; y luego militar en fuerzas políticas verdaderas, es decir que articulan intereses, representan a grupos y luchan por el poder a través de procesos sutiles de conflictos y transacciones. Al poco andar desaparece la petulancia del joven, capaz de arriesgarlo todo porque no tiene casi nada que perder, y resulta cada vez más ingenua la pretensión de cambiar al país desde la Universidad, como si alguno de los gran-

des enfrentamientos se dirimiese en esa arena.

Llegamos aquí a una de las incongruencias típicas del "reformismo": su sobrevaloración de la importancia relativa de la institución universitaria.

En efecto, sólo en las sociedades tradicionales, o en las etapas muy iniciales de los procesos de modernización, tiene importancia la Universidad como superestructura, pues ejerce un cuasi monopolio de la vida cultural y además el monopolio efectivo del otorgamiento de diplomas habilitantes para el ejercicio de las profesiones liberales, llaves mágicas que abren el camino a la condición de privilegiados del sistema.

A medida que la sociedad se hace industrial y moderna, la vida cultural se diferencia de la Universidad, y ésta queda relegada a una función esencialmente docente. Aunque sigue vinculada a las tareas de investigación, pierde el control de las mismas, que pasa a ser ejercido por organismos especializados (llámense Academia de Ciencias, como en la U.R.S.S., o Centros Nacionales de Investigación Científica, como en Francia) y aún a ser realizado en buena parte en instituciones privadas o para-estatales, sobre todo en materia de investigación aplicada.

Las profesiones liberales pierden también importancia relativa y la Universidad pasa a formar cada vez en mayor medida cuadros intermedios, es decir, proletarios con diploma y sin conciencia de clase.

La Universidad, "morada de la ciencia y la cultura" como la querían los reformistas de hace 50 años, es o bien una supervivencia mítica de una Arcadia Feliz en la que nunca ha estado nadie o bien, cuan-

do la realidad puede describirse así, un síntoma manifiesto de subdesarrollo.

c) *La limitación sociológica.*

Típico movimiento de clases medias del que se forma parte en un momento de la vida en que el estudiante o su familia realizan sacrificios duros para ascender algunos escalones en la pirámide de status, el "reformismo" es de condición ambivalente. Contiene un elemento legítimo de crítica y de rechazo a un modelo de sociedad que se percibe injusto y frustrante. Es el resultado positivo de una experiencia traumática para la mayoría de los jóvenes: su inserción en el mundo que le han preparado los adultos. En la Argentina, el capitalismo dependiente y la ley de la jungla que es su regla del juego.

Pero contiene también un elemento negativo y pernicioso: su falta de compromiso con la realidad cotidiana y con los verdaderos actores de los procesos sociales.

La tendencia a la abstracción y a la utopía, el tremendismo de los gestos que suele ir de la mano con la inexistencia de los compromisos efectivos, la preocupación indiscriminada por el conjunto de los problemas de la humanidad y la despreocupación sistemática por los problemas concretos de la sociedad en que se vive y de los prójimos con quienes se interactúa, suelen ser sus síntomas característicos.

En todo caso los desencuentros históricos del "reformismo universitario" con los dos movimientos auténticamente populares del siglo XX en la Argentina, al que hicimos mención más arriba, son demasiado graves como para pasarlos por alto o explicarlos livianamente como des-

viaciones transitorias de una cierta "línea correcta" a la que se retorna mecánicamente una vez resueltos ciertos "accidentes de coyuntura" o superada la "traición" de algún núcleo de "falsos reformistas".

En nuestra opinión se trata de la consecuencia necesaria de cierta "inercia sociológica" que hace que los estudiantes, cuando actúan autónomamente en los conflictos sociales concretos, tienden a adoptar comportamientos políticos muy semejantes a los de sus estratos sociales de origen. Así es frecuente verlos combatir por la mala causa, enfrentando a las fuerzas populares, hombro con hombro con ese otro grupo social al cual acaban integrándose en su gran mayoría, el de los intelectuales.

Y cuando se ubican bien y pelean del buen lado, rara vez lo hacen en tanto estudiantes (y nunca lo han hecho como "reformistas") sino integrando los movimientos populares como simples militantes.

Nuestra afirmación no es el resultado de una especulación teórica sino de la observación de la realidad latinoamericana tal como la conocemos (y recordamos al pasar cuál fue el comportamiento de estudiantes e intelectuales frente a regímenes populares como los de Getulio Vargas en Brasil y el General Ibáñez en Chile). También tenemos muy especialmente en cuenta cómo se les plantea el problema y cómo lo encaran regímenes verdaderamente revolucionarios (cualquiera sea la opinión que nos merezca el contenido de sus respectivas revoluciones) como los de la Unión Soviética y Cuba, en donde el grueso de la emigración calificada se registra entre los dos grupos sociales mencio-

nados y en donde, para conseguir una modificación sustantiva de sus comportamientos y lograr su participación activa en el proceso revolucionario, los respectivos Estados han debido cambiar totalmente los orígenes sociales de sus integrantes a través de sistemas de becas especialmente orientados a los hijos de campesinos y obreros. Y es tan serio el problema y tan rígida la tendencia a comportarse como sectores privilegiados de ambos grupos, que uno de los aportes originales de la Revolución China ha sido precisamente, a través de la Revolución Cultural, cuestionar a fondo el rol y la función de la enseñanza superior y de la actividad de los intelectuales en un proceso de cambio acelerado. Así fue como, a pesar de ser el régimen revolucionario que experimentaba la más aguda carencia de cuadros capacitados, consideró necesario suspender por un período de casi cuatro años la actividad de la universidad para que, en ese lapso, los verdaderos protagonistas de la revolución redefinieran el contenido de la institución. Sin duda las que hemos citado han sido opciones duras y de costos elevados, y es probable que la escasa eficiencia del aparato productivo de estos regímenes en los años iniciales de funcionamiento sea una consecuencia necesaria de las mismas.

No nos parece que el debate haya concluido ni que esté demostrado que el camino seguido por esos tres regímenes sea el único ni el mejor. En cambio creemos legítimo desechar por irreales y utópicas las estrategias de acción política que consideran a estudiantes e intelectuales de una sociedad burguesa como vanguardia en un proceso

de cambio revolucionario. No son, no han sido y no están llamados a ser fuerzas de choque. Es de esperar que una porción apreciable de ellos se sume a esos procesos, protagonizados y encabezados por otros actores. Y es de temer que como grupo tiendan a frenar el ritmo de los cambios.

Los grupos no reformistas

1. Los defensores del statu quo

El reformismo ataca a la superestructura cultural del régimen en el bastión donde se ha institucionalizado, y como su programa reivindicativo es consistente y eficaz, la sacude y la conmueve. Concita así la oposición activa y militante de los usufructuarios del sistema de privilegios existente.

Este antirreformismo de los partidarios del "orden" y del "respeto a las jerarquías naturales" es totalmente lúcido, tan esclarecido como el antiparlamentarismo y anti-electoralismo de la derecha tradicional argentina. Unos y otros (como que en realidad son los mismos) saben que tanto la Universidad como el país *ya han cambiado* y que el control de ambos se les escapa de las manos día a día. Saben también que lo perderán del todo y para siempre el día en que los nuevos actores logren institucionalizar las nuevas relaciones de poder.

Su único recurso es entonces el uso cíclico de la violencia, que ejercen, con toda coherencia aunque en apariencia el hecho pueda parecer paradójico, no cuando la Universidad y el país andan mal sino cada vez que comienzan a andar bien y se aproxima una etapa de consolidación.



1. *Deodoro Roca.*
Litografía de A. Nicasio.

1

2. Enzo Bordabehere



Así cada intervención violenta en la Universidad ha truncado una etapa de creatividad y afianzamiento y nunca han faltado "académicos" y "hombres de orden" para presidir los períodos de regresión ulteriores.

2. Los programas alternativos

El antirreformismo de derecha que hemos descripto no es el único.

En diversas circunstancias han aparecido tendencias que no se han definido como "reformistas" y a las que no se puede considerar como típicamente reaccionarias. Una de estas fuerzas pertenece al pasado. Nos referimos a *Forja*, que en su momento reivindicó las esencias populares y nacionalistas del radicalismo yrigoyenista. Otra va en camino de serlo: nos referimos al humanismo, que es una interesante manifestación del catolicismo progresista y que sin duda ha sido un precursor argentino de ese fenómeno novedoso que constituye en el orden mundial el cristianismo tercermundista.

En ambos casos la validez de sus postulaciones estaba originada por su vinculación programática a movimientos esencialmente extra-universitarios.

En la actualidad asistimos a la aparición de una multiplicidad de grupos y facciones que se autodefinen como "nacionales" y que, de una u otra manera, pretenden constituirse en las alas universitarias del movimiento peronista. Sin duda alguna su actual fuerza y arraigo tienen que ver con la vigencia de este movimiento incuestionablemente popular.

No obstante todas han tenido una misma limitación: la carencia o la inconsistencia

de sus programas específicamente universitarios, que les ha impedido erigirse en verdaderos representantes de los intereses de la corporación estudiantil. Todas han incurrido, además, en los defectos que hemos señalado al analizar el reformismo como postura ideológica. Y todas han sido más o menos cómplices en las "Restauraciones" antirreformistas de la derecha universitaria.

Balance y perspectivas

Cumplidos ya los 50 años de existencia del movimiento reformista, su programa reivindicativo universitario sigue teniendo vigencia y, cada vez que pasa a constituir el centro de gravedad de la acción de los que se definen como tales, éstos se convierten en mayoría del estudiantado y lo representan efectivamente.

Por el contrario, cada vez que los reformistas han pretendido constituirse en actores políticos de primera línea su acción ha beneficiado a la postre a las fuerzas de derecha y, a través del descuido de la acción gremial, han perdido representatividad.

En un momento en que por diversos caminos las fuerzas populares están intentando llegar a programas comunes (y tanto el movimiento de "La hora de los pueblos" como el "Encuentro nacional de los Argentinos" son expresiones de la misma tendencia de fondo), y al tiempo en que se hace presente en el escenario nacional la fuerza que entendemos protagonizará las transformaciones de la década del 70 (la clase obrera y los grupos populares que en un interior postergado y combatiente comienzan a definirse al margen de enfrentamientos superados), pareciera haber llegado la hora en

que los estudiantes decidan sumarse a los movimientos de fondo, sin renunciar a sus reivindicaciones específicas. Esperamos que sean numerosos los universitarios enrolados en las filas de los que combaten contra la explotación de un Gran Buenos Aires próspero, mercantil y vernal, en la creación de una Argentina sin ciudadanos de segunda clase y en la que formas originales de socialismo aseguren una mayor justicia en la producción y distribución de la riqueza.

Nuestra confianza es aún más firme en la medida en que el proceso está en marcha, cuenta con liderazgos naturales y no depende de ellos. Pero esta Argentina democrática, popular y socialista que se avecina requerirá una Universidad que sea útil para los tiempos nuevos; y ésta sí que es tarea que depende esencialmente de los universitarios.

El programa de los reformistas sigue siendo válido para ello, y de la eficacia de su acción dependerá que tengan a su cargo dar cumplimiento a su misión histórica: *Construir universidades adecuadas para países libres en los que cada pueblo sea el protagonista de su destino.*

El reformismo

Bernardo Kleiner

Participé como actor y dirigente del movimiento reformista, en las principales acciones de una década rica en acontecimientos políticos y cambios sociales, a través del Comité de Ocupación de la Facultad de Medicina (1955), la comisión directiva del Centro de Estudiantes de Medicina y la FUBA (1958) y la delegación estudiantil mayo-

ritaria al Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires (1960-1961).

Me incorporé en una nueva actitud metodológica que orientaba las luchas del movimiento universitario en una *línea* de *objetivos* jalonados en etapas precisas. Esa *línea* —nuestra, desde entonces— reivindicaba la continuidad histórica del 18 en su contenido *político* y *específico*.

No podíamos imaginar una universidad avanzada en un país atrasado estructuralmente por el latifundio y la dependencia de los monopolios. Abordamos la crisis universitaria, expuesta crudamente por nosotros entonces, como expresión de la crisis global de nuestra sociedad.

Constituimos una izquierda que concebía el movimiento de la Reforma no como tecnicismo pedagógico, ni tampoco tarea política mecánicamente considerada, sino como aporte específico a un cambio progresista educacional y como parte integrante de la revolución antilatifundista y antiimperialista. La necesaria vinculación con los partidos políticos y clase obrera, que restablecimos, tuvo ese sentido consciente democrático y liberador.

No vacilamos en asumir un partidismo militante por esta *línea*, reformista en lo universitario y revolucionaria en lo social; combatimos el error intelectualista que encerraba la universidad en sí misma con una Reforma hueca y abstracta desligada de nuestra realidad nacional. Y tampoco cedimos a los que, impacientes por cambios estructurales, incitaban al abandono de la lucha específica en la universidad abominando con ligereza del movimiento reformista y de lo que éste ha reportado a la universidad, al país y al pueblo.

Defendimos la actitud por lograr cambios en la universidad, porque siendo ésta parte del país, entendimos que el proletariado y los trabajadores tienen interés en ella. Asumí con firmeza la responsabilidad de esa *nueva política universitaria*. A la actividad estudiantil, mar dinámico y cambiante, le buscamos el *porqué* y el *para qué* de sus renovadas oleadas.

Nuestra responsabilidad consistía en democratizar la universidad, para abrir la posibilidad de transformarla pedagógica, científica, política y así hacerla participe activa de cambios profundos en la estructura y superestructura.

Identificados con esa *línea*, clara y de perspectivas, acometimos objetivos específicos: restablecer la autonomía y constituir, de hecho, el gobierno tripartito. Este objetivo, central para esa etapa, se hizo patrimonio de todo el estudiantado porque partimos de sus reivindicaciones más sentidas pedagógicas, económicas, sociales, elevándolas al plano político de la lucha por *objetivos específicos* (autonomía y gobierno tripartito) *universitarios* que debimos conquistar en una situación histórico determinada a través de una intensa batalla ideológica.

El gobierno peronista, como los golpistas del 55, trataron de reducir la acción militar al ámbito castrense y de impedir la movilización obrera popular, universitaria, por temor al desenlace revolucionario. Fuimos un grupo pequeño cuando caracterizamos esa "Revolución Libertadora" como nuevo golpe de estado reaccionario, destinado a interrumpir el proceso de unidad por cambios democráticos reales. Enfrentamos la conciliación de los dirigentes

de la FUA y al crear una tenaz resistencia al gobierno de facto ganamos al conjunto del estudiantado, profesores y graduados democráticos para esta posición, al principio absolutamente minoritaria y combatida.

Rechazamos la falsa antinomia peronismo-antiperonismo alentada por la derecha que dirigía centros y federaciones; levantamos la bandera del antiimperialismo y, en lo específico, el gran objetivo político de arrancar la normalización institucional universitaria como contribución a la que reclamábamos para todo el país. Simultáneamente, participamos en la lucha por un gobierno de amplia coalición democrática, única garantía para impedir el fraude electoral, que lamentablemente no logró prosperar, pero el movimiento hizo todo lo posible por denunciar el estatuto de los partidos políticos con una intensa campaña que puso en descubierto la discriminación establecida por la denominada Junta de defensa de la Democracia.

En los congresos universitarios (1959 y 1961) sostuvimos intensa polémica y no aceptamos al neoperonismo en la universidad; nosotros difundimos la Revolución Cubana, desde la tribuna callejera y universitaria. El 17 de octubre era lo perimido pues significaba la renovada postergación de nuestra revolución agraria y antimonopolista, el retroceso a la división artificial de obreros y estudiantes, a la universidad sin autonomía ni gobierno tripartito, a la irracionalidad tecnológica en la enseñanza.

Todo esto había sido superado por un 26 de julio latinoamericano y lo difundimos así, como lo nuevo, pues ahí sí, no sólo simbólica sino prácticamente, triunfó la uni-

1. Alejandro Korn.

En la página 222:

1. Julio V. González.





d
tu
q
C
te
(
y
v
re
a
le
1
n
e
c
b
n
p
d
d
c
y
p
A
v
r
in
u
c
s
D
p
b
d
c
ri
q
m
g
b
la
s
a
v
p
ta
re
u
D
a
tr
p
li
e
u
n
a
p

dad por el cambio de estructuras, por la revolución que quiso el 18 reformista.

Cuando se decretó la intervención a la universidad (1955), habíamos realizado ya la toma de todas las universidades con más de cuarenta mil estudiantes. Las asambleas desconocieron la ley universitaria peronista 13031 que anulaba la autonomía y el gobierno tripartito y establecía un régimen vertical y corporativo y sancionaba en la docencia y el movimiento estudiantil las ideas políticas. Federaciones estudiantiles se hicieron cargo del gobierno provisional de cada universidad; profesores y graduados se sumaron al proceso.

Al quitarle al poder ejecutivo toda posibilidad de ingerencia en la normalización institucional, abrimos en la universidad un curso democrático profundo, una nueva situación.

De las ocupaciones del 55-56 pasamos a organizar el gobierno tripartito y lo hicimos de hecho y de derecho. Se creó así el precedente histórico de que es posible conquistar y mantener la autonomía universitaria aun bajo un gobierno militar de facto y bajo una dictadura, que como la de Guido, jaqueó la universidad nacional con asaltos armados e intentos de intervención que se estrellaron por la firme resistencia unitaria de estudiantes, profesores, graduados y autoridades universitarias.

Durante esa década, en lucha abierta contra la reacción interna y externa —apoyada por un aparato represivo militar policial—, impulsamos el debate público desde la universidad, que pasó a un nivel superior alentada por el ascenso reformista. Los representantes de la oligarquía

y los monopolios buscaron refugio intelectual en las academias y las universidades privadas que reglamentó (artículo 28) el gobierno entreguista del Dr. Arturo Frondizi. Este ascenso posibilitó un nuevo estado de conciencia en el movimiento estudiantil y el profesorado. La universidad se constituyó en el centro político cultural de mayor gravitación en la lucha por las libertades públicas. Este fue uno de los hechos más relevantes de la política argentina de los últimos tiempos.

Nos tocó desarrollar la idea del antiimperialismo en la enseñanza universitaria. Avalados por nuestros combates contra las formas pedagógicas e ideológicas del neocolonialismo, C.A.F.A.D.E., B.I.D., Ford, Rockefeller, etc., demostramos que no se puede combatir en esta hora al imperialismo, como universitario, si no se enfrenta esta lucha ideológica en el campo específico de la enseñanza. Fue un aspecto inédito que fue resuelto y que evidenció la potencia no sólo crítica sino creadora del movimiento reformista.

En la polémica sobre el departamentalismo, nos preocupamos de ganar los profesores honestos y progresistas. Diferenciamos su actitud racional, científica, del error gnoseológico y tecnocrático que amenazaba liquidar lo específico de las facultades en aras de una atomización científicista. Nuestra actitud fue justa. Estos profesores encabezaron con nosotros las grandes manifestaciones contra el artículo 28; más de quinientas mil personas desfilaron por el país tras las consignas de la FUA, ahora dirigida por una izquierda, que nosotros forjamos en ese breve tiempo. En la tribuna de

la facultad, el sindicato, la calle, hablaba junto al obrero y el maestro, el rector universitario reivindicando la enseñanza racional, científica y abierta al pueblo, es decir, la consigna del movimiento reformista.

Adoptamos una actitud de principios frente a la nueva realidad científico-técnica.

Llevamos un *pro* en un programa, realizable y claro, que culminó en el anteproyecto de Ley Universitaria, el cual, con el que presentaron los rectores en 1958, son un punto de partida para cualquier reorganización universitaria en la Argentina.

Frente al neocolonialismo tecnológico, luchamos por la formación de científicos y técnicos de elevada conciencia nacional, problema clave para el nuevo tipo de poder, democrático y popular, por el que luchamos. El movimiento, en común con comisiones populares y regionales hizo lo que la reacción escamoteó al pueblo durante medio siglo: en sólo cuatro años se crearon las nuevas universidades del Nordeste, Bahía Blanca, La Pampa y Universidad Tecnológica Nacional. EUDEBA fue una creación de la universidad reformista y la apoyamos sin vacilación frente a sus detractores, porque esa editorial, de nuevo tipo en América Latina, llevó a las barriadas proletarias las obras clásicas de la literatura universal y del pensamiento argentino.

En el movimiento estudiantil, derrotamos la concepción de la tendencia, del comando, que instituyó la derecha en reemplazo de la verdadera representatividad estudiantil en la dirección de la FUA. Se impuso la idea de la asamblea y el centro como forma organizativa superior. De in-

mediato, pasamos a la tarea de reconstrucción de las agrupaciones, centros y federaciones y, al dar cabida a los estudiantes, se convirtieron en potentes instrumentos de pretigiosa repercusión nacional e internacional.

Con el congreso universitario, conquistamos la verdadera representatividad en el movimiento estudiantil. Se realizó, por nuestra prédica, después de 17 años de digitación y maniobra de grupos, que fueron superados al dar posi-

bilidad a las masas de expresarse en sus centros. Una nueva directiva, más acorde con los intereses estudiantiles y a la altura de la situación, fue electa con nuestro apoyo. Restablecimos relaciones con la Unión Internacional de Estudiantes y nos cabe el mérito de haber sido el único sector que luchó por ello en el movimiento universitario, donde imperaba el tercerismo aislacionista. Reconstruimos en centros y federaciones sus comisiones

de relaciones obrero-estudiantiles; apoyados en ellas, superamos la vieja división obrero-estudiantil exaltada ideológicamente por el peronismo y la oposición sistemática. Reimplantamos, a través de la solidaridad concreta y el aporte específico, el principio reformista del 18 de la solidaridad obrero-estudiantil, en un momento nuevo de intensos cambios revolucionarios sociales, científicos, técnicos y del hombre.

1. *Saúl Taborda.*

